

**EL BUSCADOR DE SI MISMO.**

(Leyendo "Four Cyber")

Estas piezas fueron escritas en el periodo 1923-1925. Casi todas ellas aparecieron en las revistas "Claridad", "Atenas" y "Lectura de la época."

¿ Dónde seré yo mismo, en mi plenitud y  
en mi verdad ?

Ibsen, PEER GYNT.

De espaldas al momento que pasa, el lector se inclina verazmente sobre el río de angustia que viene de lo lejano trayendo el secreto de los viejos gritos, los cantos que llenaron otras soledades y rodaron, después, desfigurándose, entre las manos de las horas. Luego, bajo la lámpara que blanquea la página abierta, deja que su dolor oculto conviva con el remoto dolor. Y lo adivina, le reconstruye en su totalidad nocturna. Está alerta, recibiendo el mensaje de la inquietud pretérita, descifrando la cábala de sentimientos extintos, recogiendo la pasión y el sueño de mil bocas que estallan, como heridas cicatrices, en el vértigo de la evocación y del silencio. ¿Qué goce humano comparable a este de sentir a los grandes espíritus, inclinados en una dólida de asombro, sobre el corazón atribulado? Vuelven las voces alejadas de nosotros por el espacio o por el tiempo; cobran animación y nuevos sentidos los esbozos de vida y las palabras que se entremesclaron en la creación genial, como las trayectorias de los astros. Ya son nieblas nórdicas, ya sonrisas de madrugada sobre el mar latino. De allá, de acá, de todas partes vienen estos racimos de vida y de sueño, que la inquietud trágica, nana que busca, averazmente estrujada.

**INVITACION AL OPTIMISMO**

Nunca aquí, frente a las perspectivas infinitas de mi propia soledad, mirando el juego terrible de mis palabras y de mis anhelos que se buscan, se persiguen y nunca se alcanzan. Yo atruigo las cosas más lejanas, los sentimientos que se esconden, las inciertas visiones, el ímpetu constante que no encuentra cauce: todo eso constituye la perseguida riqueza que yo consigo rodear, a veces, de cálidas e impacientes palabras. Sin embargo, todo eso, por olvidados intersticios, se me escapa pronto hacia las zonas misteriosas y libres donde en vano se renueva el esfuerzo para expresarlo y el declive de la derrota inevitable.

Nada queda a menudo, nada, sino un puñado de gritos estériles lanzados al vacío, deslindándose hacia el decisivo olvido, torvo viento que sacude las almas ateridas de ansias y las empuja a la negación desesperada. Quisiera decir, por ejemplo, las cosas vagas y tristes que la marea del crepúsculo echa sobre mi conciencia desamparado, o bien, la ansiedad que viene de aquel horizonte donde golpea el mar. Hacia allá está mi alma en viaje perpetuo, buscadora insatisfecha, obrero utópico que alumbra senderos que no llevan a parte alguna y se desahoga en cantos que nadie escucha.

Esa es la inútil fatiga, esa es el viaje siempre en conciencia que emprendo cada mañana en busca de mí mismo. Débiles gestos de mi sueño desahogado, trémulas, cohibidas palabras, yo es quisiera cosas y vestas, capaces del impulso definitivo y de la verdad resplandeciente. Y es infructuoso el torco empeño de expresarse, y el espíritu siguió solitario, y el camino que conduce a otro corazón está siempre cerrado. Anso sea mejor así y nunca debos desear otra cosa, nunca, porque el infinito está en cada uno de nosotros y el pensamiento persigue, a través de la vida, su propia sombra.

Violento, taciturno, negador, ansioso de destruir mi sueño más dulce y oculto, estoy ante la renaciente primavera, abstraído, como ayer, en el dedalo de mis preguntas y de mis propios ecos profundos. Húmeda de natural frescura, la hiedra trepa por el muro y se anuda a los árboles lo mismo que mi pensamiento a los enigmas. Nada de lo ciertamente más está aquí, y mis manos estrujan el vacío de siempre y de todo.

Pequeña es la ansiedad de los hombres: pero, acaso, sea bueno esperar y esperar mientras dure este día florido. Nunca sabemos nuestro destino de mañana, y es preciso estar prontos y fuertes para la tormenta posible o para el amor desconocido. Hay que vivir como de viaje, sin asirse a cosa alguna, ávidos del paisaje más lejano, ricos de inquietud caminante y limpios de desaliento.

Dejad, pues, ágiles deseos míos, que el arbitrio de las horas os guíe y conduzca: el mejor camino es el del amor, y la ventura reside en vírgenes regiones tras la densa selva que ninguna luz penetra. Leed, voluntades animadas, a los anhelos potentes: obedeced a los impulsos apasionados; seguid el vuelo de las grandes aves nocturnas. Bella pueda ser la dicha, pero más bello sea el peligro y el amor. Ahora es primavera, taciturnos negadores, y el corazón está liviano como un denuño, y el pecho rebosante de ofrendas ardidas.

Y es por eso, también, que desde este rincón de la mañana, huyen de mí mismo, un hombre mira hacia afuera y herda sobre el lento renacer de la naturaleza, espejismos de júbilo, paisajes absurdos y desesperados. Mas quince líneas de nombre destruyé el espíritu y me quedé ebrio, creyendo, tras figurando imaginarias maravillas que prolongan la perspectiva del deseo. Ningún sendero, por difícil o torvo, le fue vedado, y el viento libre, el viento que ninguna montaña detuvo, empuja su barca asaltada por los crepúsculos.

De pronto, nadie sabe cuando, brota el canto; son muestras entranas que saludan a la tierra henchida de raíces. Conocen embriaguez es esta de arrojar conciencia sobre el mar, que una y separa las almas; júbilo ruidoso de combatientes que han conocido el agrio hartazgo de la derrota y del silencio. Es primavera, los árboles estallan en prodigios y anuncios, las bocas son más rojas por la fiebre de los besos recobrados, y yo acejo sobre mi pecho, trémulo y paternal, a los ardientes tributarios de mi sangre.

Cada quien tendrá un regalo donde reclinar sus cotidianas cansancios, o si no, un buen sueño de soledad y orgullo, que, tal vez, vale más.... Luego hay rosales nuevos junto al muro y un canto de niña gira y viene a posarse como una mariposa de frescura en la atención del contemplador. Entonces, también era primavera; pero en sus ojos espantados de adioses, se eternizaba la angustia del invierno largo y tedioso como la vida. Había que irse sin saber por qué, sin volverse a mirar el recodo donde alguien quiso apagar nuestra sed con su vaso pequeño, demasiado pequeño.

Inútil son todas las cosas para el que busca la belleza perdurable y la verdad definitiva; inútil es el canto de esa niña en la mañana del mundo; inútil el pensamiento que borra y reconstruye las interrogaciones insonables; y también lo es, sin duda, la insistencia de las raíces que remueven la fatigosa decoración de los jardines y los recuerdos. Sin embargo, hay que ser sonrientes, confiados, sencillos para que así la paz nos acompañe y tengamos sentido los juegos de los niños, las palabras de amor, los rosales que medran al amparo de la pared abandonada .....

.... Después de todo, amigos, nos queda la esperanza, la bella esperanza más allá, milagro latente en el porvenir, que es virtualidad insuperable. Las raíces de nuestra vida se prolongan, ávidas, en parajes de maravilla y de sombra. Su alimento es el sueño, la anticipación confusa de lo que todavía no es, el prodigio imaginario que puebla el vacío por donde vamos, con las manos extendidas, tocando. Bajo el influjo de un sueño superior todo el espíritu se impregna de una misteriosa potencia que transfigura los motivos precarios de la realidad; se alejan desmesuradamente las fronteras de nuestro esfuerzo posible; y, ante los mismos obstáculos que hacen recogerse el ánimo de otros en la quietud de un desaliento prematuro, lanzamos el desafío de la audacia optimista, el canto de nuestra voluntad de vencer. Afirmados en una "mentira vital", sacudimos a la duda que acecha, al dolor que persigue, a la muerte que abre los brazos en el término de cualquier derrotero del mundo. Somos fuertes porque creemos a nuestro corazón embriagado y ebulliente. Con músculos de alma vamos forjando la obra de nuestros días, aquello que ha de terminarse porque el anhelo es infinito, pero que perdurará como un ejemplarizado vestigio de esfuerzo y de pasión: sólida columna que pueda, acaso, llegar, austera y ebelta, hasta los astros, y fue tan sólo montón informe, triste boceto del ideal inefable. Mas, la noble mesquindad del resultado nada significa parangonada con el júbilo de un destino que se cierra sin el recordamiento de haber dejado de cumplir su parte en la armonía total. Vivir es una responsabilidad. Mientras mayor conciencia tengamos de ella, es decir del deber que nos obliga respecto de nosotros mismos, mayor será la perfección lograda, y más cerca ha de estar la cima hacia donde convergen, -ciega e lúcidamente- los hondas y dispersos anhelos del espíritu. Así, buscándonos, enderezamos el rumbo en la alta noche. Las estrellas nos guían. Deshechos, envejeciendo, sobrevivientes a las alegrías y los dolores que van quedando atrás, ponjere estela del barco veloz, miramos adelante, hacia el horizonte siempre remoto. Y decimos: Mirad. Porque sabemos, como Zaratustra, que la aurora nueva ha de traer nos también una nueva verdad.



.... " Fue grande porque fue el mismo". Estas palabras que en el poema de Ibsen cubren, junto con las últimas paletadas de tierra el cuerpo del labrador oscuro, resumen toda una fórmula de la acción y un ideal sentido de la vida. Pienso, recordándolas, como, cada uno de nosotros, aún en el círculo de la más humilde actividad puede alcanzar - por el cabal desenvolvimiento de una vocación peculiar, por la generosidad del esfuerzo en la satisfacción de una aptitud dominante, por el calor de personalidad que todo le transfigura y engrandece- esa plenitud humana que sobrevive, en la armonía de una obra perdurable, a las contingencias de lo cotidiano y a la certeza de la muerte. Es en la medida que debemos darnos -en pasión, en constancia- a la obra de nuestro destino, que perduramos; y, no hay sanción más irrefragable que aquella que nosotros mismos, con la avaricia de nuestro egoísmo, preparamos en el juicio póstumo de los que quedan. Las fuerzas de nuestro ser son para emplearlas en la realización de nuestro anhelo íntimo, en proyectar el sueño de nuestro espíritu sobre esta tierra desolada, por donde -según el amargo versículo del Predicador -"generación va y generación viene", sin agregar nada nuevo a la armonía de las cosas perecederas. Engaño de vanidad, pues, el de los que buscan la grandeza sólo en las ferias de la plaza pública, en el tumulto gimiante de la gloria, en el ímpetu genial que eleva a los predestinados sobre el acambre de la mediocridad expectante. Engaño de vanidad ... Porque la grandeza más trágica y verdadera, acaso sea la que está aquí, a nuestro lado, en esta vida vulgar de todos los días. Tal vez, en ese hombre que pasó hace un instante a nuestro lado, ocultando, como todos, su pobre luz interior. Siempre, en el que supo encontrarse a sí mismo, en el que lleno de fuerza silenciosa y de la virtud de un ideal propio- humilde o sublime- lo va realizando con la pasión de su alma y la riqueza de la realidad.

**SOMBRAS EN EL MURO.**

Sombros en el muro.... Cada uno de nosotros, moviendo con liviana ebriedad del espíritu, sigue la danza de todos los instantes. En redor el mismo denso e invencible muro, más alto, mucho más que las últimas estrellas. Estamos como en el fondo de un pozo, y sólo recibimos una migaja de azul y de belleza. Quedan el otro lado, en lo imposible, la entrega y la confianza de la amistad, la limpidez del deseo, la ternura que salva y que enaltece, las perdidas palabras del amor vagabundo.

Sombros en el muro.... ¿Quién no ha mirado hacia arriba con ansias de escalario? Yo, como todos, hombre, enemigo mío, inicié la dura y paciente ascensión. Centuplicaba mi fuerza la esperanza de que un día, erguido en lo alto, los vientos de la noche entregarían las vivas verdades dispersas, los balbuceos del espanto humano, los ocultos desgarramientos de la fatalidad. Y sobre todo un corazón ahito de sol y de amor.

Sombros en el muro.... Después del esfuerzo, el fracaso que bordea, con lentitud lacrimante, las entradas; la sonrisa que comencera la tragedia y el silencio interior. Deshecha la niebla de aquel sueño viajero, durante el cual desafiamos las potencias oscuras y el poderío del destino, hemos aquí, de nuevo frente a este muro más alto que las últimas estrellas, siguiendo con liviana ebriedad de espíritu la danza fatal de todos los instantes.

Deseo mío, terrible deseo de verdad, yo te siento crecer y expandirte dentro de mí como un árbol joven. Estallas en mil brotes de torvosa sabiduría; tus raíces que romperían la más dura roca, absorben, implacables, las aguas de la vida; y hace tiempo que tus estériles follajes, ocultan a mi espíritu la ingenua visión del cielo y de la esperanza.

Deseo mío, terrible deseo de verdad, ¿dónde me llevarás? Mi indiferencia corre la dulce y firme corteza de sueños y mentiras que salvan, y, en todas pagtas, descubre la misma igualdad, simple y borrosa. Vagabundo sin camino, naufrago lícido en medio de las apariencias y de los mercaderes ilusionados, asisto a la feria cotidiana crucificado en la pobreza de mi orgullo.

Deseo mío, terrible deseo de verdad, por tí luchan en mis entrañas y se confunden en un vértigo de eternidad, los rancores maldicientes, las jaurías del furor, y, también, las dulces bondades que se esconden como doncellas furibundas, la ternura, madre de todas las transfiguraciones y fuente del milagro.

Deseo mío, terrible deseo de verdad, frente a la amargura del destino confuso, quisiera hacer de las espaldas curvadas de todos los hombres un camino infinito que llegará hasta Dios, por él que yo me iría cantando el himno delirante de mi última y sangrienta victoria sobre mí mismo.

Desde las lejanas montañas, mas bien desde el ancho cielo, viene el silencio y envuelve el pueblo aterido, las casas agazapadas en esta ladera de la noche. Lejos de todos los amigos, libre de los inútiles trabajos del día, yo busco ahora, en la invencible soledad, el amor de las mas altas estrellas.

Venid, ligeros pensamientos, puros, sin sentido, regocijados de cruzar la inmensa y terrible sombra que anonada la tierra, seguros de ser estímulo y alivio en el afán de mi espíritu alerta. Venid, pensamientos míos, con vuestra ofrenda de generosa serenidad, desnudos de vana inquietud, que yo os espero tejiendo para vosotres una guirnalda de horas inefables.

Ahora, el silencio, el tranquilo silencio, viene desde el alto cielo: pero, dentro de poco, el viento de la hosca tempestad enredará en las hondanadas, en los caminos y en las copas de los viejos árboles su ululante alegría viajera: y mi sueño lo seguirá a través de las infinitas soledades, de los vastos espacios cruzados de misteriosos designios.

Venid, mientras eso acontece, liviana y danzante alegría, canto de ardientes resonancias, ágil audacia de vivir por encima de mí mismo. He aquí el ayer y el mañana fundidos en el trémulo espiral de un anhelo que busca las altas estrellas eternas. He aquí un hombre solo, corriendo, jugando, cantando a lo largo de la noche y el sueño.

Pescador de enigmas, lance mi red ambiciosa: mi rostro se inclina sobre el agua del tiempo, ávido y sonriente en la gran esperanza recóndita.- Esta es la hora pródiga de cuyo seno brotan los maravillosos llamamientos, las hondas preguntas que el corazón sobrecogido no sabe responder.

Viene, ya el áspero viento de invierno rompiendo sus collares de gritos, inclinando las ramas de los enhiestos álamos, saltando los puros júbilos del canto. Un hombre solitario, sacudido de ansias, canta en la cima de su propio deseo hacia los cuatro horizontes de la vida.

Nadie podrá decirlo: es algo que nació y crece amparado en el calor de una palabra apenas escuchada: y nada importa que eso no se pueda decir. Portadora del más deseado engaño, a mí te traen las rachas de este otoño; y yo he encendido mi lámpara cordial a la entrada del camino. ¿Más allá de qué confines de angustia podría el buscador olvidarse de tu nombre grabado en todas las estrellas de la soledad?

Decidas de dónde y por qué brota esta clara alegría serena, un poco triste a veces, al apretar dulcemente tu brazo, caminando a lo largo de pegativas avenidas que terminan en la noche ..... He aquí el muro de siempre, y los árboles enrojecidos por la última luzbrada del poniente, y el banco donde tantos grabaron, temerosos del tiempo, la huella de sus ternuras fugitivas. Aquí, sus manos se juntaron, igual que las nuestras, cargadas de indecisas promesas, y serían muchas veces, como ahora, el derado otoño propicio a la nostalgia obstinada y al dulce silencio.

Al borde de tu silencio condensa para mí el sueño indefinible y el dolor recóndito. Ebrío de alucinantes lejanías, repite el llamado que tú recogiste en un hueco de tu antigua terrera. Sin embargo, apoyado en la borda amarillenta del crepúsculo alguien, - acaso yo mismo - me llama ahora, y tus labios queman con la angustia de las despedidas, y tus palabras se enredan a mi esperanza incontenible. Y es que no sé en que instante, dueña de todo, amarraste mi corazón al oscuro vocal de tu anhelo.

Caída ceniza de ausencia llueve lentamente sobre los árboles ataridos y envuelve nuestra obsorta alegría. Tal vez por ella, yo encontraría las desconocidas y hermosas palabras que traducen el ansia perdurable, y podría hacerlas arraigar en tu silencio, esta tarde. Hay también un algo de abandono en la tristeza de los ramares bronceados y la emoción brota-hilo de agua en la tierra pobre- y va al encuentro de tu mirada y de sus lejanías profundas.

Yo encerré la vida en un instante y brufí los contornos del último sueño con la más dura voluntad; fué sólo el impulso que desata amarras persistentes; fué sólo el adusto deseo de perderte; pero aquí estás, en retorno perenne, desarrollando jubilosa esperanza a la entrada de la próxima noche. Y es el otoño, la buena estación en que acontecen cosas melancólicas y extrañas, y yo quisiera decirte algo que nunca comprenderás por entero mientras se encienden los astros innumerables y brota en las almas la congoja sin nombre.

Se arrastran y pasan los días con su carga de insatisfechas ansias, de gritos perdidos, de fuerzas revueltas y estériles que nada pueden contra la sordidez del destino.- Y otra vez, esta mañana prófuga de resurrecciones, frente al mismo camino, anhelo de un desconocido horizonte, y con el alma tan liviana como un canto de pájaro, deje irse al azar, mi viaje co- rando vagabundo.

Todos somos aventureros y pensamos explorar un dominio virgen y rico; parapetado en un silencio que nadie comprende, cada cual apronta su voluntad y su riente audacia para el viaje imposible.- Imposible es el viaje proyecta- do, mis amigos: nunca podreís escapar de nosotros mismos y penetrar en la zona propia de otro ser.- En vano apretujaremos las manos que se nos abandonan y tiemblan.- Dentro de su órbita de angustia, el corazón gira como un astro.

Nada hay, en verdad, que nos pertenezca enteramente sino una torva belleza de ruinas pobladas de sueños tenaces y rosales de ausencia.- Estamos solos, mis amigos, emparedados en nuestro pensamiento poderoso y humilde a la par, sintiendo que las estaciones pasan y todo vuelve a comenzar y todo vuelve a concluir.- De nuestros espíritus surgen fuerzas de superación y de triunfo que pronto desaparecen abrumadas por la pesadumbre de los designios.

¡Adónde ir en busca de la verdad más cierta y del impulso más puro? Todo es absurdo y efímero; loco es el que pretende trazar figuras de espanto en el telón de la lajania; loco es el que quiso fijar los perfiles de los árboles en la impetuosa superficie del río; y, más que ellos, locos nosotros, amigos míos, que ansiamos traspasar los límites de nuestra soledad sembrando palabras que buscarán, en vano, el eco imposible de otras almas.

(16)

Este es el duro silencio que tanto toman nuestras dudas inexpressibles y los viajes rencoros que acechan; este es el duro silencio que nunca comprenderemos, que viene no se sabe de donde y se amuda traidoramente a nuestra desconfianza dolorosa. Deja, mi amiga, que el camino nos conduzca a cualquier parte y que nuestras miradas se rehuyan como la de dos enemigos y que nos sintamos, al mismo, dueños de idéntico secreto y soledad.

Muchas tardes, muchas, yo estuve agazapado en el hastío, imaginando una despedida que no sé decirte porque la quisiera casi alegre, sencilla como las cosas banales. Hay que partir, a pesar de tus ojos donde encontré los más extraños paisajes; hay que estrechar, por última vez, tus manos que tejieron guirnaldas ardiente en torno a mi deseo. Pero es pobre y ninguna importancia tiene el mañana si tu sonrisa no se acerca a mi vida y tu presencia no prevalece en mis instantes.

Eso también lo comprendo, y me duele el pensamiento de tu ausencia posible, y este duro silencio extendido entre nosotros como una alta montaña nevada. Están aquí, en este minuto que se alarga como una agonía dolorosa, las posibilidades entre las cuales gira nuestra suerte enemiga. Acaso sea mejor buscar la plena soledad y que tú te vayas adonde nunca pueda hallarte. Acaso sea mejor seguir gustando, por siempre, el regocijo cotidiano y humilde de tu compañía y de tu entrega.



¿Quién podría señalar la fuerza cierta de estos anhelos contradictorios e imperiosos que me acercan y me alejan sin que pueda romper el secreto inveterado? ¿Quién ha podido nunca descifrar el secreto fluctuante de su propio corazón? Venid en mi ayuda, buenos recuerdos acumulados bajo la lámpara de invierno, y luego vosotros, caminos de aventura y peligro que ofrecéis una resurrección cada mañana. ¿Dónde está la verdad de mí mismo, la plenitud gozosa de mí mismo?

Yo estoy vacilante, enredado en designios antagónicos que no puedo penetrar, cercado por la pesadumbre otoral de este silencio, y sintiendo, no obstante, la sugestión de tu presencia y de tus palabras contenidas. Esta tarde no se aparece a todas nuestras tardes, aunque el cinturón eterno de las montañas se dore con el mismo reflejo mariente, y vuelven, persiguiéndose por el valle, las mismas campanadas humedecidas por la niebla que nace.

Además, eso nada importa. Aunque todo fuera distinto, y este duro silencio se hiciera más denso y alto, y te viera lejano, perdida, como las cosas que ya dejamos de desear, bastará un pequeño gesto tuyo, un brillo emocionado de tu mirada, un comienzo trémulo de palabra, para que todo siga igual como antes, como siempre. No podría decirte mi despedida, tal vez no podré decirlo nunca; y acaso, marchando a tu lado, te esté esperando y buscando durante todos nuestros días venideros, como ahora, en esta orilla del silencio y del atono ....

Arrebujados en una neblina azulencia- luz de luna y distancia- los álamos forman una franja oscura al pié de la colina.- Más cerca, desde las heredades circundantes, surcadas por el agua de riego, sube, calmoso, el canto agrario de los sapos.- Todo se concierta en una amodorrada armonía que es más de muerte que de vida, a pesar del vigor de las raíces ocultas, de la fragancia mojada de la tierra, del alateo de los follajes dorados ya, casi amarillos, porque el vientre arroja puñados de otoño.

Sobre los párpados cansados, una sombra se va deslizando en visiones e indecisas figuras: acaso toman cuerpo las preguntas que nadie respondió, los deseos que nadie pudo entrever a través de las palabras de todos los días.- Y es que talves el corazón de la noche quisiera libertarse de sus límites de silencio y verter en un extraño canto humano el aluvión de sus ansias contrefidas en la madeja de leyes ignotas.- O bien, hay algo que no comprendemos del todo, aquí, en el taciturno hervor de nosotros mismos, algo que parece venir de una playa abandonada. ¿Quién pronunció tu nombre, Solveig?

De una playa abandonada, remota: ola de ternura que desgarras, que ahoga como una mano crispada de furia, que embriaga, mejor, como un viejo vino.- Ello es que esta noche perdida entre las infinitas noches de la vida es como ninguna: tiene ojos suaves, abiertos en una dádiva de claridad y de perdón, tiene una sonrisa que extiende a la tierra, dorada y leve como el alba, como el otoño, tiene una voz tan serena, tan rica de lejanía y de misterio que para escucharla avaramente, ahora que hasta los árboles parecen dormidos, alguien ha abierto la ventana, como si esperara.

Más íntima y propia que el calor de mi sangre y el callado hervor constante de mis pensamientos, tu sombra está aquí, enredándose a las palabras de mi ofrenda, erguida siempre entre mi esperanza y el alba. Anheloso de libertarme, en vano me hundo en las encrucijadas de mi espíritu, en vano: No encuentro cauce para mis ansias inefables, ni para esta locura vertiginosa de fuerzas que me elevan y me desgarran como una bandera en la tempestad.

Un camino. Otro camino. I otros .... Fugitivo de mi corazón y de tu sombra, atravieso los campos, las ciudades; vienen de la noche, centelleantes, las pasiones que devoran mis días y mi juventud; gusto la embriaguez de la batalla y, por igual, la dulzura de la soledad y la derrota. Pero, donde quiera que vaya, me voy conmigo mismo. Y mis ojos nada ven, cegados por la monotonía de visiones que se desenvuelven en profundas perspectivas de eternidad; y mis oídos nada escuchan que no sea el vasto y sordo rumor de la tragedia humana, parecido a la queja de vientos obreros en las avenidas del invierno, o al canto opaco, milenario y lejano del mar.

Perdida, ausente, tu voz resaca en mi interior para decirme las olvidadas palabras que rodaron inexpresivas, por la pendiente de otras horas.- Aquellas palabras que tenían la virtud embriagante de los cuentos y que la vida fué oscureciendo y enterrando, cada vez más, en el silencio de todo.- Aquellas palabras que me parece no haber escuchado nunca porque no escucho ya.

¡Quién podría recordarlas sin sonreír a su locura sencillas remota? La vida es siempre igual y no tiene sentido; pero hay algo que llena de brotes los árboles del bosque y pondrá luego, en tus manos, el perfume de las primeras frutas.- Es bueno recordarte, extraña amiga, es bueno y amargo.- El muro agrietado recoge las semillas errantes, y fué así que mi pensamiento detuvo y abrigó el fugitivo recuerdo.

Estamos solos, es cierto; cada cosa nuestra es tan falsa como la sombra de esa rosa desnuda en el estorpe; sin embargo, es preciso estar alegres mientras haya este sol benigno y los crepúsculos doren tu sonrisa, allá lejos.- Todo lo demás es inútil; la misma tristeza se hace dulce, al fin, y el deseo se transforma en canto, y la vida no es sino una lenta agonía.

Casi he olvidado tu nombre, Solveig, tu nombre, pero no el aire ausente de tu mirada.- Más que nunca me duele pensar, ahora, que no fuiste como todas, ahora que hay brotes nuevos en los árboles del bosque, y mis pensamientos son claros, y mis ansias te acercan despiadadamente en el sueño y la soledad.- La vida es siempre igual y no tiene sentido, pero hay que estar alegres, lejana amiga, alegres de que las cosas sean como son, mientras haya un sol benigno que embellezca esta avara heredad de los hombres.

¿De donde brotó esta fuerza suave y terrible que me acongoja y estre-  
lla contra paredes de sombra mi solitario pensamiento anhelante? Afuera la  
noche extiende su avasalladora marea, ahogando el inútil palpitar de la vi-  
da, borrando las líneas y los ángulos y el hurano trepidar de la ciudad.

No tenemos ya donde afirmar nuestra mirada; nada queda en medio del sai-  
quilamiento creciente, nada sino uno mismo y el confuso aletear de las an-  
sias inexplicables.- Ahora todo se siente lejano y pequeño; y el amor es  
una triste miseria, y vana también la dura y honda ambición que alentó nues-  
tra jornada.- Ahora estamos solos, amigos.

Voras, inmenso árbol de tinieblas, la noche extiende su abrumador tol-  
daje y clava en las almas raíces ardientes y desesperadas.- Lejos, una ven-  
tana se ilumina y luego muchas, al borde de los caminos rurales, entre el  
arbolado que es, apenas, un perfume vago y un rumor de hojas.

De alguna de esas ventanas fluye esta canción que los pies veloces del  
viento apartan y despedazan en su carrera incontenible.- Sólo unas palabras  
llegan hasta aquí, y se adivina un rostro puro pegado a los cristales, es-  
crutando el vacío cruzado de sombras y misteriosos llamamientos.

Es Solveig que canta, amigos, canta y tiene los cabellos tan blanco  
como el invierno del Norte.- Más allá en una hilera de abetos pensativos,  
el mar y la lejanía enemiga que enciende la tremenda ansiedad de los hom-  
bres; más cerca, al pie de la colina, un bosque negro por el que alguien  
viene, alguien que tiene también los cabellos blancos y el espíritu deshe-  
cho por el frenesí de la aventura.

Para él es esta balada antigua y plácida que una mujer aprendió a la  
luz de la lámpara y canta ahora, allá, al final de una ruta que mis ojos  
no ven y mi corazón no encuentra .... Todo esto es pueril, mis amigos, vano  
es todo esto, bien lo sé; pero el niño dormido en nosotros se despierta a  
veces, y tiembla con horror de estar sólo en medio de la noche que no tie-  
ne senderos ni confines.

Jadea el invierno, afuera.- Espinada hacia mis labios, junto a una pared musgosa; también, una rama inclinada besando su sombra.- Sólo tengo una imagen imprecisa y tenue para anudar la emoción ausente al día verdadero.- Nada más poseo, He aquí que su sonrisa se acerca y se deshace como tantas veces, en mi boca ardiente, comprimida por mis pensamientos.

Inevitablemente, la vida gira en torno de estas cosas banales y amargas que no tienen sentido ni importancia. Ordenar imágenes gastadas en nada más que un dulce juego pueril a la orilla de la vida, bien lo comprendo; pero, acaso vivamos las mejores instantes en lo que no nos pertenece.

Cierro los ojos para encontrar mi pasado.- Luego, miro alrededor.-

Es cierto, estoy sólo y, aunque gritara a los cuatro horizontes mis palabras verdaderas, nadie tocaría mi corazón.- En mi mismo comienza y termina el sendero de mi sueño.- Sin embargo, quisiera decir la extraña congoja que me asalta en una noche de lluvia incesante, entre los objetos familiares que ordenan mis horas.

Mariposas obstinadas, mis pobres pensamientos han rondado vanamente, destronándose, en torno al secreto de la vida.- Una mano tendida a la inmensidad que no responde, una súplica vaga a la sombra del muro eterno: ese es el signo de mis días.- Nada tuve sino el silencio.- Nada vi sino la aterradora sucesión de la costumbre.-

¿Quién soy, más allá de estos gestos y de estas palabras que son de todos?. ¿Dónde está la vida que busca mis impulsos más hondos?

Me hundo en mí mismo persiguiendo las raíces de este vasto sueño trunco que no quiere morir.- Ya no recuerdo cuando llegué a este pueblo.- Mi pasado no tiene nombre.

¿Qué hacer.. Los libros son indistintamente insulsos; ahí están apilados, cubierto de polvo; entre sus páginas frías el alma se secó como una flor.- Los amigos no hacen sino buscarse a través de nosotros; cada uno está encerrado en la fatal miseria de su propia soledad.- El amor pasa, cuando pasa, sin que nos demos cuenta. El amor sólo existe cuando ya ha muerto .

¡Ah, pero queda el deseo, el vago anhelar sin sentido, la angustia de no tener lo que se quiere. Su boca brilló en el fondo desolado de mis crepúsculos.- Ahora estoy sólo, deseoso de glorias imposibles y de verdades ignoradas, junto a una lámpara encendida en medio del infinito.

El invierno, como un medigo, gise en mi puerta.

.... Un tinte de bronce adquieren los árboles y es que el tiempo hosco se ha presentado precipitando las lluvias incessantes.

Se abruma las cosas,- Todos lo han visto,- acconojadas de abandono; el viento, en vez de aromas, recoge alaridos en su red de caminante.

Pero quizás todo eso no sea cierto: detrás de las pupilas que avésoran la ambarada lejanía o se abstraen frente a las llamas solícitas del hogar, está latiendo una vida maravillosa, recóndita ....

Que siga el viento desgrefado y ululante empujando los días al otro lado del mar; que venga aún la estación alegre jugueteando sobre las colinas: todo pasa y retorna así, en una infinita tentativa de perdurar.- Más, queda siempre, contrita, anhelando, un alma vieja, enredada en la duda persistente, vuelta con ardor hácia la ausencia de lo que es más suyo y más lejano.

Es inútil que me agite y clame y busque fuera de mí lo que pueda librarme de mi alma acechante.

Yo me interrogo y me respondo de uno a otro extremo de mi propia soledad; me bifurco en caminos distintos que pronto se confunden; me enredo en designios hostiles que nacen de mí mismo.

Estoy en diálogo perpétuo con lo prodigioso y lo terrible que hay en mí como en la selva dorada de los cuentos.- Estoy sólo y de mí brotan fantasma enemigos que me espían y me hieren.- Soy, apenas, una mirada atónita que ha visto brillar estrellas en el estanque de lo cotidiano; una inquietud alerta que sale al encuentro de los enigmas de pifs sigilosos.

Immensa, immensa y triste noche.- Al borde, está lámpara pequeña.

Aquí vienen a congregarse los inencontrables pensamientos, febriles, por huir del torvo viento del mundo. Es verdad que hay una lámpara y, junto a ella, un hombre con los brazos cruzados que está muy lejos. Es el invierno.-,Llueve.- Nunca importó demasiado el destino de un hombre cualquiera.- Ah? pero... Oís?. Algo doloroso, cristalino, absurdo, va brotando de él, de tí mismo inconteniblemente.- Es el sueño.- Aproximad el corazón .... Oís?.



Nos aferramos, locamente, y en vano, al sueño y a la vida: todo se nos va. Nos roba el tiempo, y nos arrastra. Morimos en cada cosa que se aleja de nosotros. Por igual en estas hojas que parecen gemir palabras de misterio, bajo las pisadas del invierno; en la sonrisa que la vejez carcome los mismo que al gusano a la fruta estival; en los cantos y deseos que se extraviaron, sin retorno, allá por las encrucijadas de lo imposible. Nos vamos en todo lo que se va, desgarrados como vela de aventura al viento. Cada aurora deja para nuestra ansiedad mendiga harapos de júbilo, fragmentos de una gloria incompleta; cada crepúsculo, inevitablemente, los arranca con su garra de sombra, se los lleva. Siempre la misma copa que se lleva y se vacía. Y la misma sed .....

Por esta lluvia que es lenta, grave, monótona como un viejo cuento dicho por el cielo y por la tierra, he aquí que la nostalgia, vestigio gimiente, me trae de muy lejos aquellos ojos buenos, aquellas manos que tejían gestos de paz frente a mí, doradas por los crepúsculos de aquel invierno. Yo también, como el cielo a la tierra, le hablaba sorda, lentamente: Evocaciones de las horas perdidas, allá, por las lejanías, buscando; sombras de otras almas que arañaron la mía, al pasar, en los caminos. Y, sobre todo, un día cualquiera de la vida vulgar, la gloria de nuestro encuentro; esa ternura tan triste que casi me hacía sonreír de saberla mía, en el poro de la noche, en el infortunio de la derrota .....

Perfil borroso, contemplado a través de una niebla de distancia y de sueño, palabras que acaso no se dijeron nunca y que, sin embargo, rozaron como alas de música viajera el silencio del éxtasis, el infinito del pasado. Todo eso aquí, presente, redivivo, en mi corazón pequeño pequeño como mano de niño. Recordar.... Me vuelvo hacia la pared desnuda, amarillada vagamente por un sol de invierno: y esta ansiedad vagabunda que nada supo retener se crispa, como un grito, frente a los rincones donde se agazapan las primeras tinieblas.

Todo se nos va, todo se nos va, pero quedamos nosotros, despoja-  
dos, inermes, crucificados, por la culpa de sobrevivir a las cosas idas, en  
el recuerdo. Con las manos tendidas, suplicantes, hacia horizontes que huyen,  
siempre. ¿Quién dijo jamás la pobreza infinita de nuestro deseo? ¿Quién pudo  
detener la marea de ansia y de rencor que ahogó nuestras palabras en la soledad  
de la derrota?..... Y luego, esta tenacidad de la ternura humana que si -  
gue buscando en los sótanos del sueño la antigua tristeza y la antigua sonris-  
sa, después, mucho después que la lámpara del amor en fuga cesó de brillar pa-  
ra nosotros, perdida, allá lejos, en el último recodo.

Algo mío se quedó prendido en el gesto de tu despedida lejana: harapo de luz mordido por las ráfagas de lo inevitable, entonces. Pasó el estío como una canción sobre los párpados juntos. Y mi alegría no corrió, destrenzada, por los surcos cantantes y las vinas de la embriaguez. Pasó el invierno, nube plúmiza y gimiendo, junto a mi ventana abierta sobre el horizonte de la espera. Y no turbaron mi soporosa soledad, ni el ulular de la tempestad desatada ni el rumor pertinaz del aguacero que golpeaba las techumbres y las almas. Han pasado todos los días así, desde entonces. Alguién que no soy yo, responde a las gastadas preguntas de los otros, devuelve el eco de sus inquietudes vagabundas y la imagen de sus gritos estériles, vertidos a puñados de angustia, en el vacío de la naturaleza. Y algo cuyo nombre ignoro- ¿qué es lo que sé?- va tejiendo, dentro de mí, telas de silencio y de muerte, lo mismo que en los rincones de las piezas abandonadas borda la araña, paciente y taciturna, su prodigio invisible.

Otro día. De nuevo de cara al abismo azul de siempre, achatados por le misterio gudente contra el cual estrellamos en vano el espíritu. Prisioneros de fuerzas oscuras, somos. Nacen y prosperan en nosotros. Después nos envuelven en una madeja irrompible donde se debaten, desgarrándose, el terco deseo de vivir, la sonrisa y el sueño. Somos, como nunca, pobres ahora. Ahora que la tierra renace bajo la bendición unánime del sol. Más despojados, con un invierno inmortal y lacerante dentro de nosotros, contemplamos la voluptuosidad de las resurrecciones, allá afuera, en el huerto. Los ojos se llenan de diáforas de albedo. Cada brote es un anuncio de belleza próxima. Crepitar de deseos, guirnalda de cantos; la frente pensativa se alza en busca de la última locura. También en nosotros hay frente a todo esto un resplandor de rebeldía, una vuelta de espaldas a la muerte. Pero pasa. Una esponja de angustia borra las decoraciones espléndidas y queda el muro gris, el horizonte infranqueable de la monotonía y de la verdad. Rumor de hojas muertas hacen en los caminos interiores las cosas perdidas que encerraron en su pequeño tránsito un infinito y una eternidad. Y mi corazón continúa siendo una mancha de invierno extraviada y confusa en la naciente primavera del mundo.

Desde este banco donde me ha arrojado el cansancio de otra jornada estéril, los veo venir, muy juntos. Sus sombras danzan, entrelazadas, en el camino del crepúsculo. Ella mira el sol; él mira su rostro.

La ternura espléndida y una especie de pureza comparable a la aurora, deslumbra en las sonrisas que parecen desprenderse de labios y miradas como manojos de luz. Adivino la palabra que canta en ambas bocas demasiado próximas:

- Siempre.

- Siempre.

Miro al hombre, embriagado de sí mismo y, a pesar de eso, ausente de su corazón. Gesticula, se inclina sobre la mujer como sobre un abismo: la belleza del mundo y de la tarde sólo existe, para él, en esos dulces ojos pensativos. En medio de la muchedumbre es un naufrago cogido desesperadamente a ese cuerpo que no ha penetrado aún, a ese espíritu que va al lado del suyo y, sin embargo, separado de él por todo el infinito.

La mujer sonríe, radiosamente orgullosa del don intacto que tiembla bajo sus vestidos. Espera conmovida, vislumbra la cercanía del gran drama de vértigo, de gemidos, de ternura feroz. ¿Hoy? ¿Mañana? Marchan hacia él, jubilosamente predestinados; es lo inevitable. Como la muerte, tiene que ser ...

Después vendrá el hastío que aparta y abruma como un viento de invierno, o la costumbre que encierra en esa tela-grafia de monotonía y de milagro que es la dicha.

Han pasado. Se pierden en la masa hostil. Detrás de ellos crece una sombra. Y yo sigo construyendo con terrible paciencia el destino de esa pareja, igual en el fondo, al de todas las parejas humanas heridas por la misma belleza, cegadas por idéntica luz.

Cierro los ojos para seguirlos viendo..... Ahora están junto a una mesa, pero ya, con los años, son otros. Tienen las almas y los cuerpos ajetados; la sonrisa opaca; los gestos lentos. Un silencio plácido y familiar, como la luz de la lámpara, cobija el vuelo de sus pensamientos. De improviso, el hombre alza los ojos; la mira como en una tarde remota; luego, hablan. Viejos caminos, semblantes desvanecidos, toda la confusa verdad del pasado revive y parece gemir.

-Recuerdas?

-Recuerdas?

Inclinados, ávidos, como son dos niños que descifran un borroso li-

bro de estampas. El dice:

-Igual que el destino, siempre has estado ante mí y, sin embargo, sólo ahora comprendo que no te conozco, que nunca te he conocido.

Recuerda los instantes en que sus cuerpos se entrelazaban en el orgasmo nupcial: ella y él cerraban los ojos porque cada uno gozaba de sí mismo. Y cuando la angustia de vivir desgarraba porfiadamente sus almas, ella y él, mirándose, sonreían: porque cada uno sufría en sí mismo. Lúcidos implacables, disgregan el pasado, comprenden al fin, abarcan la verdad, toda la verdad. Ven la separación irremediable, el aislamiento de cada ser, la locura del amor que cree derrumbar muros y romper límites, el vacío donde la esperanza se tiende y se crispa como una mano mendiga. El continúa:

- Creí en mi amor hacia tí, y sólo he amado en tí un sueño mío. Un sueño casi tan largo como la vida, tan vano como ella. Estoy sólo. Estamos solos. ¿Quién conocerá jamás mi verdad? ¿Quién conocerá tu verdad? La oración de todo creyente debería decir: "¡ Libranos, señor, hasta la muerte, de la penuria de comprender ! "

La mujer insinúa un gesto vago de súplica; sus labios tiemblan en un balbuceo, pero la rebeldía es una lápida que encierra sus tiernas protestas. Con los ojos bajos, sollona, ahogada de silencio y de verdad.

.....



Blanco cuerpos vibrantes, velados por vestidos de Otoño, pasan, irradiando sobre mí la luz de la vida. Por las calles de la tarde me voy tras ellos, vacilante, como un niño en la sombra, cegado por el resplandor de lo que no me pertenece. Como ayer, como siempre, el hastío me empuja de allí para acá, en búsqueda perpetua.

Mi ansia indigente se disgrega ahora, en las mujeres que pasan; se enreda al albo alateo de manos y de senos; se acurruca en los rincones de las pupilas y se va con ellas hasta abandonarlas a la vuelta de las esquinas o en los umbrales de las casas. Mis ojos, agrandados, parecen gemir la turbia angustia de mis entrañas; todo yo soy un llamamiento y una dádiva. Así, encorvado sobre una estela de fragancia y de misterio, me asemejo a una garra enorme tendida hacia la belleza fugitiva.

¿Quién soy yo que así vago y tiemblo y desespero, tras las finas siluetas que parecen cantar, al alajarse, en el crepúsculo? El deseo vagabundo, la locura balbuciente de poseer, sobre el césped ancestral o entre los cuatro muros de una estancia que limita el horror de la lejanía y encierra el dulce grito de la carne penetrada.

Miro: camino; parece que huyo .... Atravieso avenidas sombrías, calles, portales iluminados, hasta que, de pronto, me encuentro en una gran plaza, florecida de mujeres, de claridad, de música. Mendigo de realidades palpitantes, hambriento de la gran ternura que no viene, permanezco ahí, inmóvil, tendiendo mi silencio como una súplica. Las sonrisas resbalan por los rostros, parecen caer a mis pies; perfumes íntimos alatean en el aire y embriagan mis sentidos expectantes. Yo sé, yo conozco el drama de cada una, el drama del deseo prisionero, de los sexos que tiemblan y se entrecierran como bocas suplicantes, bajo los vestidos de Otoño. Los veo, los veo. Mis ojos desgarran sedas y terciopelos, se deslizan por suaves sinuosidades, hurgan en la verdad ..... Y poco a poco, la multitud, los árboles, los ritmos de la sinfonía desgredada, la tarde, mi corazón, se van confundiendo en una misma niebla que se extiende y se extiende hasta alcanzar límites de pavor y de locura .....

**GENIAS DEL TIEMPO**

Genina del tiempo: el sedimento casi imperceptible y amargo que van dejando estas horas inútiles, vividas al azar, sin saber cómo ni para qué; lo que fué un día hoguera de terrible ansias calcinando las entrañas y los propósitos majeros; puñado de sellos blasfemos que quiebran espereceras y calcinarlo todo, como otro estado: ha aquí la pobre riqueza que nos queda.- Desde la soledad tendemos el arco maldito, y la flecha del arco busca los ocultos desventurados.- Qué ella atraviese los muros del misterio; que ella rompa el silencio y el odio que nos apartan; que ella consiga abrir el surco dolorido donde han de reposar estas palabras hondas, desperas, oscuras.

.... De improviso, hámos aquí, frente a la vida, circundados por la vida, participas y adversarios de la vida. Nuestros ojos se elevan, áridos y vetustos, hacia las estrellas, mientras las raíces oscuras de nuestro ser se agotan al despare sentido de la tierra, como grandes, en el divino, porque esperamos a comprender. Y, sobre todo, porque esperamos. Nuestra impudica curiosidad se proyecta sobre las cosas, anhelo de una posesión total. A semejanza de la columna de liana que gifo a las muchedumbres viajeras del desierto una descomulgada palabra para un principio de érima en nuestra desordenada actividad: Vivir.

Sin embargo, ¿quién de entre nosotros los que miramos al sol, tuvo la osadía de mirarse a sí mismo y de buscar el sentido de la vida? Cada cual buscó su verdad en las acciones y las palabras de los otros, en la vaga sombra de lo transitorio, fuera de sí, en la noche.... Y, yo, como todos, ruído por una inquietud sin nombre y sin término, seguí las más diversas corrientes del mundo; aspiré al delirio de los sueños fugitivos y de hurtos ruidos; la bellans procuró del laurel diadema mis sudarias; curioseé y desdormé, mi verdad formada los enigmas del destino.

Después.... Después, y siempre, la pregunta suprema, lanzada a los cuatro horizontes de la vida: "¿Dónde será yo mismo, en mi plenitud y en mi verdad?" Ha llegado a la entrada de la selva torva. En el umbral inquietante- della noche? del alba? - me aferro a la luz del presente, vuelta, como a una salvación, hacia el pasado. Y he aquí que nada de lo prescrito sobrevive; todo ha sido más parecido que la herencia de mi juventud; soy el sepulcro blanqueado de mi mismo.

¿Dónde está la agrestidad impetuosa, con ambición siempre hambrienta de una gloria estival? La voluntad bécida y ordenadora, que pudo un día romper los designios de la fatalidad, se ha perdido, como el río que al descender de la montaña se desliza en mil canales pequeños e inútiles. Este que, hasta ahora, ha seguido, no es mi camino. Veo mi orgullo culpable, mi debilidad torreada. Y al interrogar a la noche con mi silencio y con mi angustia, el Vagabundo que sale de la selva torva, trémulo de mi propio espíritu, voz pensante de mi corazón- me responde: "El que desea sobrevivir a su espantoso y a la muerte, debe abrirse su camino. Pero, para eso, ya es tarde, demasiado tarde, Pour Cythé..."

Solveig, amor, mentara de mi plenitud, a tí he llegado por las sendas de la noche, porque yo soy el que busca al alba de su más alto destino.

Tendido está el arco de mi gran deseo. ¿En qué muros de piedra se han quebrado hasta hoy mis flechas jubilosas? Mi divina flecha va hacia tu coronada, noble estrella de mi anhelo infinito.

\*\*\*\*\*

Al disiparse mi voluntad jovial creí ser yo mismo y obedecer a mi juventud. Busqué mi mediodía en ciudades remotas, en tierras oscuras, sobre el mar... Y he visto el harpa de mi alegría rota y volada la copa de mi embriaguez adolescente. Más, la sonrisa de tu rostro suave, me purifica como una claridad lustral.

\*\*\*\*\*

Desde la partida hasta el atribulado regreso, mi coronada se bifurcó en arcos diversos y potentes: Una descomulgada me empujaba hacia adelante, con crecientes novedades de horizontes vitales; la otra me atraía hacia la blanca dulcedumbre de tus brazos..... Y he agotado los horizontes, y más allá del último, te he vuelto a encontrar inmutada de miradas y de aureas.

Frente a tí y al sol que runce, solo estoy, sin embargo consigo mismo. Soy un hombre vulgar que en medio de su orfandad anhelante, naufrago de un vasto y descomulgado, busca las curvas de su coronada. Desde el fondo de mi inquieta vida dan clima por la ternura de tu rostro y el perfón de tus palabras, esternas y armoniosas como el mundo.

\*\*\*\*\*

Solveig, amor, tú contemplaste con humilde paciencia -Invierne tras Invierno. Estás tras Estío- rodear al agua misma del tiempo. ¿No sentías en el viento y el silencio la fragancia núbida de mi coronada? Yo buscaba, en tanto, el milagro de mi plenitud, y como el humo votivo de los sacrificios, mi esperanza se perdía en el infinito.

Más, tu emoción fué siempre dulce signo nupcial de mi pasión florida. Y hoy he resucitado porque he encontrado la vida verdadera, la que otrora -pobre de sencillas y ricas de anhelos imposibles -andaba buscando en ciudades remotas, en tierras oscuras, sobre el mar.....

Esta es la paz, mi amiga. Ojos cansados que han visto crecer el musgo en las paredes agrietadas que rodean la casa, con nuestros ojos, los mismos que se llamaban de estrellas mirando las fuentes del parque taciturno, hace tiempo, cuando el amor decía su canción adolescente. Algo ha pasado sin que nos demos cuenta, algo que envejeció el anhelo y puso una pesadumbre de hachís en las cosas y en las almas.

Ahora, con la lluvia, afuera.... Los jardines desamparados parecen, desde esta ventana, un panorama de sueño, desvaído, absurdo, con árboles fantásticos ya curvados en las nubes plúmbeas y tercos. Acaso no hayamos vivido nunca, mi amiga, y todo sea un sueño amoroso y largo del que todavía no despertamos. ¿Dónde está la verdadera vida? ¿Dónde estamos nosotros?

La noche gira en torno de los elevados campanarios y mi conciencia insistente se acerca a las cosas imposibles y amadas. Lajas, algún teo con antigua leyenda que tú también sabías, entonces. Es el eterno grito de amor con que acogiste mi vagabunda esperanza un día cualquiera que ya no recordamos. Sólo sé que era junto a una colina y que nazía la más bella aurora de mi vida.

Eres la esperada plenitud, mi amiga. Bueno es mirarte así, hermosa de serg en dulzura, y pensar en lo que serás después, cuando tus cabellos sean un copo de lino para la ruca de la muerte. Entonces, recordaremos el pasado que será más nuestro y más bello porque estará lejano. Nos miraremos a los ojos, ensombrecidos por el presentimiento de lo irremediable, y sentiremos, mi amiga, como aquel día olvidado, junto a una colina.

Viene la hora lenta y triste en que no se sabe dónde ir, la hora en que el espíritu alarga rufcos hambrientos a lo desconocido y lo lejano. No enciendes todavía la lámpara: deja que vuelven y se agitan como los pájaros nocturnos que el día ahuyenta, los gigantes recuerdos, las imprecisas imágenes que jalcan el irremediable pasado sobre el cual nada podemos.

Somos distintos de los que cogían con despreocupación regocijada la fruta estival de la vida, y esos que se buscaban, a través de los designios y los amores, no somos tampoco nosotros. Ha ahí muchas almas que fueron nuestras y que retornan para visitar cosas olvidadas que ya no comprendemos. Porque se acumularon los sucesos cotidianos, los desalientos estridentes arraigaron en nuestro destino, y se alzó, cerrando rutas y horizontes, la fatal nebulosa de la oscuridad.

Hasta ese día - igual a todos los otros días, perdido en el tiempo que se precipita y no retorna - en que un mismo pensamiento diábolo nos acechó y nos hizo estrecharnos, magníficamente ciegos, ricos de una desagradada alegría: también ese día está muerto; sólo nosotros, sobrevivientes oscuros, márfagos en el infinito desolante, seguimos tambaleando nuestros huesos mendigos hacia las islas imposibles del recuerdo.

No enciendes todavía la lámpara: deja que el espíritu se llene de voces olvidadas y vague de nuevo por senderos imaginarios y por mares de sueño. Aquí está el barco maravilloso con las velas hinchadas por un viento de aventura. Rompe las amarras y que todo sea como antes, cuando me alejaba de tí para encontrarte, y era el inquieto Fear Gynt, buscador de sí mismo.

Ya es reconocido, panoramas insaboreables, espléndidas visiones, abismos terribles. ¿Qué mutaba alada en la noche, que símbolo levanta - de frente a las intrépidas del espíritu libre pudo detenerse y amedrentarse en mi marcha segura?. Delirante embriaguez no espújaba más allá de las manjinas virtudes de los hombres: amaba la vida y el poderío de los instintos y el frenesí de ser el único dueño de mi oscuridad. ¡ Ah, con qué sonrisa cogía los enigmas y los dolores para guardarlos en mi oscuridad y en mi destino.

Mi barco estaba siempre aparejado, listo para un viaje imposible a través de las almas. No sé cuántas pupilas se han cerrado bajo las mías

no sé cuántos cuerpos han temblado, prisioneros, en la red crujiente de mi pasión, no sé cuántos oídos han escuchado, sin entenderlo, el canto de mi esperanza invencible . Y mi amor estuvo siempre huérfano y vagabundo, sin otro apoyo que el de mi orgullo solitario.

No enciendes todavía la lámpara: deja que vuelven y se agiten en esta hora propicia, los tumultuosos recuerdos, las congojas antiguas, la ansiedad que me arrastró de tus brazos para volverme a tu oscuridad. Es bueno en esta tarde lenta, de otoño, juntar los párpados, sentirte por unos instantes eternos lejos, muy lejos, y volverte a encontrar, al abrir los ojos, al lado de esa lámpara que encendiste para siempre en la noche sin aurora de mi desamparo.



Solo, poverido estoy ante el milagro que se insinúa sobre el regazo del amor, puñado de posibilidades, puerta entornada sobre un huerto de aurora, a la que, en breve, llamarán peregrinos oscuros y vientos errantes. Junto a tu grito que alata en el desamparo de la noche, tu grito anáfrago bajo los astros y el destino, yo tengo miedo, hijo mío, de mí mismo, de mi sangre prolongada en tu latido confuso, de tus manos que arañarían el mismo muro. Y ya no sé de mí, ni tampoco de aquella que una noche se extendió en mi lecho, con un silencio de caricia y la herida de su vientre abierta para mi dango estival. Ferre su coronilla se ha hecho pródigo como sus pechos albos y humedecidos, y mi ternura taciturna podrá deshojarse, como un suelo largo, valando la miseria de tus primeros gestos. Me varé renacer en tu sonrisa, en tu alegría que será tan sólo un triste condense, en la súplica infinita de tu balbuceo. Cada día ha de estar más cerca de tu humilde simplicidad, más inherente al serpens de la sombra que avanza, mirándote crecer, agradecido de mí mismo. Porque tú serás el vencedor de nuestra dos vejoces que acurrucadas junto al fuego como dos nubes de harapos y de dolor, te han de llamar, alguna vez, instintamente. Instintamente.....

Ansioso de traspasar el último límite de mi soledad, pobre forjador de palabras, hanes aquí, arrojándolas a través de la noche más silenciosa sobre el vacío que separa su orizonte del mío, como el colato a las islas.

Siempre es vano esperar, siempre, más todavía ahora, cuando el crepúsculo enrojece las techumbres distantes y un negro viento que nadie sabe de donde sopla, desgrana, al pasar, los árboles del bosque. Pero es dulce también y triste sentir la cerca y esperarla porque continúa siendo desconocida y lejana.

Todo es distinto y nuevo como el día primero que comprendimos. Nuevamente las campanarias el alto cielo pálido y resistan en el pendiente de sangre; se vuelven oscuros los senderos y las estrellas ascenan por los claros del follaje tupidó. Cada vez más estrechamente mis deseos la van envolviendo en su taciturno madoja, y la dicen una extraña conocida sin sentido mientras las tinieblas borran su rostro, poco a poco, como los días al recuerdo. En verdad, yo no sé cuál es la mujer que mis brazos anidan en este hueco de la noche; se parece demasiado a todas las mujeres.

Nadie supo nunca nada, nadie podría saber nada en esta hora casi -cienta que amortaja la vida y hace oscura la más pura alegría. Estéril es que mis palabras golpeen en el duro silencio, y mis brazos la envuelvan, y mis ojos roben su sonrisa. Nadie supo nunca nada, ni siquiera de sí mismo; todo rueda incontinentemente, y se pierde y retorna. Estamos juntos, paliendo nuestras miradas en la oscura ansiedad de conocernos, en tanto, a nuestro lado, las hojas de otoño se desprenden y se van como nuestros instantes.

Después de todo, lo único importante para nosotros somos nosotros mismos. Rasgámonos, impacientes, cada día, la terna cortada que envuelve el secreto de nuestro ser. A solas, nos preguntamos qué somos y qué hacemos. Estas preguntas martillean nuestras horas. Estas preguntas habren un sepulcro a todo sueldo de serenidad y de victoria sobre la vida. Porque sólo un sueño - cualquier sueño, bueno o malo - salva. De vez en cuando una vislumbre, un pedazo de música robado al silencio circundante y enorme, un roce de alas desconocidas, allá, en lo hondo del ser, donde la conciencia se duerme embriagada por una inefable realidad sin forma. Y eso, pequeño, débil, impreciso: humo de una hoguera oculta que nadie vió subir, en la niebla.

Y así también, como vane, las mejores palabras, las que tambaloran al borde de los labios, exhibidas, en los momentos definitivos, las que se pudieron después en el sureo abandono de la soledad. No obstante, en esta pobreza de sabernos solos, mandigos orgullosos de una ternura que no viene, algo - ¡Qué! Quién- , nos dice que nosotros somos todo. Que recogeremos las dispersas y amargas voces del mundo, el latido sediento de la tierra gris, las estrellas que decoran, cintilando, los techos de la noche, el sufrimiento de la hierba pisoteada que se crispa hacia el sol. Todo..... a pesar de todo eso que es nuestro, la verdad, nuestra verdad, nos haze. La seguimos buscando afuera, en el vacío sin medida, con fiebre, con rabia. Y cuando el cansancio de las venas jornadas nos arroja esos despojos garrabundos en los recodos, siempre, revivándonos el alma y la vida, la misma pregunta : ¡quién soy ? ¡ quién soy .....

Esta pueblo con sus casas bajas, sucias, es como una tumba gran-  
 de abierta hacia lo desconocido, llena de oscuras germinaciones sin sen-  
 tido, de vidas decrépitas y polvorizadas. Una pesadumbre de resignación  
 envuelve, como otra atmósfera, las almas y las cosas. El mañana no tiene  
 importancia; la cuestión es tener, ahora, un poco de pan y darse a todo  
 con indiferencia y humildad para que así se cumplan los designios ines-  
 cretibles. Y ahí van esos pobres hombres con su andar reconcentrado y esa  
 sonrisa estúpida, despegada, pronta a caer como un harapo inútil. Padres  
 e hijos se dan ánimos, se apoyan en su común tinidón ante el destino inse-  
 guro. " Nosotros trabajamos para ustedes - masculen los padres - trabajen  
 ustedes para los que vendrán. La vida cuesta llanto, sudor, sangre. Ser  
 feliz es sólo esto: Amar el dolor que Dios nos dá, con el pan, cada día...."  
 Y así es. Las fuertes pasiones, los vigorosos y bellos ímpetus arrinconados  
 por la vida pecaria en el fondo de las almas, acaban por dormirse, pa-  
 ra siempre, a veces. Y pasa el invierno; con el repiqueteo de sus lluvias  
 tenebrosas en las techumbres; vuelve la primavera, el cielo limpio, el plácido  
 verdor de la naturaleza. Más tarde, otra vez el invierno, otra vez la  
 lluvia.

desde hace una eternidad - nadie podría decir cuando comenzó éstas mismas cosas, los mismos rostros, el mismo pedazo opaco de paisaje y de vida a nuestro alrededor. Sin embargo, nos vemos, nos vemos cada día, cada hora, cada instante. ¿ Para qué viajar, Poor Gyn? es un darre continuo al tiempo y al misterio: ineludible como el rodar del agua por la pendiente de la colina. Casi no nos damos cuenta de ello, y es que vivimos en una somnolencia cansada, apenas lúcidos para la migaja de luz que abandona el crepúsculo en la ventana. Por ella sabemos que otro día se vió, que otra noche viene. Aquí, entre estas cuatro paredes estamos como en todo el mundo. Más allá de ellas, los campanarios, las estrellas, las pasiones, forman una sola mancha oscura que se dilata hasta lo infinito. La ventana sobre el jardín está cerrada. Y junto a la lámpara, aureolados por la sombra que se acerca, sentimos que empiezan a caer la lluvia, afuera, sobre los árboles empobrecidos y las calles solas.

Bajo el ala cenicienta de los crepúsculos -tú lo recuerdas, alma esca-  
 dida- nos perdíamos por el bosque húmedo, con el bagaje tierno y a la vez terri-  
 ble de nuestro silencio: confusas visiones prolongadas en perspectivas insublimas,  
 dalsura de saberes aislados y próximos en medio de la naturaleza y de la vida.  
 Junto a mí había su brazo palpitaba, y era su sonrisa, la línea tibia de su  
 sonrisa lo único que mis ojos distinguían. Después, cuando llegaba el momento de  
 la cotidiana separación, nos íbamos entristecidos y melancólicos: porque presen-  
 tíamos que un día cualquiera, en la infóbica paz de un hogar, mirándonos los rec-  
 tros agrisados de angustia, habíamos de sollozar sobre nuestro corazón como so-  
 bre una tumba.

..... Sin que mi turbia consciencia reparara, el pensamiento más tenebroso, aquel que se ocultaba de todos los otros, ha llegado a ser el orientador inflexible de mis dispersas energías. Lentamente, como la nube de tormenta que ha caído poco a poco se extendió borrando las pálidas estrellas del cielo desnudo, así ha ocupado mi espíritu y el tiempo donde mi espíritu ensayaba el triste juego del deseo contra la enemiga realidad.

Quisiera poder expresar el furor de este oleaje sombrío y los grandes silencios donde se juega la determinación definitiva. Entre las cuatro paredes de esta pieza yo encierro el infinito, las maravillosas lejanías del sueño, toda la luz de una aurora posible que no viene. Giran vertiginosas enigmas en torno a mi consciencia profunda. En la hora más silenciosa de esta noche desventurada e inmensa, el espanto, como un ladrón, entró en mi vida.

¿Qué fue anulando el tiempo en su incesante y casi imperceptible retirada? Sólo miseria, ambiciones incumplidas, desaliento; ahogado de espanto y sueño. El espanto modificó las perspectivas, creó en círculos de absurdo la esperanza confiada. ¿Adónde ir?..... En el día de la lluvia, persiguiendo imágenes y recuerdos a través de la ciudad solitaria, vi prolongarse el tiempo -mi camino, mi camino- estrecho, sucio, como la calle de puertas cerradas y ventanas oscuras.

Siempre será la misma gente, idénticas actitudes ante lo irremediable, una herrosa y terriblemente monótona sucesión de sonrisas y suspiros; mentira por trificadas, vieja como el pueblo, como la vida. Nadie quiere saber la verdad ni mirar a su propio corazón. Ahí está el espanto y el hastío, acurrucados en el fondo, espantando el ingenuo esfuerzo de todos los días, distribuyendo, con subterránea insistencia, las raíces de la duda y del odio.

No intentéis escapar a su torvo poderío. Luego estas raíces se vigorizan, rompen la bondad superficial de la rutina y de la dicha; y surgen así, invisibles fluctuaciones que aspercan hacia todas partes sus ramajes lóbregos y sus pliegos malignos. Ellos oscurecen y asfixian las almas trémulas, cohibidas. Algo desconocido y cruel va destruyendo en ella la fe que alienta, la audacia alegre y simple que crea, los impulsos de piedad y de amor que dignifican.

Todo es igual. Todo es igual. He aquí el cielo negro y el aguacero interminable, lo mismo que el invierno pasado. También estas cuatro paredes frías, espantando con sus mil ojos burlescos, y la ventana cubierta de vidrios empañados

que deforman el pedano de cielo y de calle que hace tanto, tanto tiempo, estoy mirando. No hay límite entre la vida y el sueño, entre el absurdo y la verdad: todo es igual. ¡Mmmm..... ah, como golpearía la lluvia y la angustia mi conciencia que nada sabe.....

Dejame solo en esta noche desventurada e insegura, solo con este pensamiento tenebroso que ha subido adentro, poco a poco, de mi conciencia profunda. Que siga, afuera, el duelo y la lluvia, mientras yo, inmóvil, libre por un instante de las trabas humanas, empuje los últimos y más tenebrosos recuerdos, por la pendiente de la noche. Dejame solo, mis amigos, y no os preguntéis por qué estoy alegre y río, cuando el viento hace crujir la puerta que nadie volverá a abrir.



Para este crepúsculo en los objetos dispersos de la pieza, sobre los  
 azulejos y grises follajes que se esmeraban frente a la ventana, en el camino  
 blanco que parece llorar, y en mí mismo, un dulce comienzo de infinito y de  
 paz. Me abandono al acogido presente; transfiero con la locura de mi sueño  
 inquieto lo vulgar en milagro; rehago en mí espíritu, agostado en la penum-  
 bra que me despoja, la realidad que ya no existe.... Y tú estás, de nuevo frag-  
 te a mí, bajo la dulzura de la lámpara que flama para nosotros, un yéctame per-  
 dase de día entre las cuatro paredes. Contemplo otra vez, la gran bondad de tu  
 bellura; siento la amargura de verla agonizar, alejarse de mí, reducida por el tiem-  
 po. Conocemos nuestras pobrezas, nuestras desconocidas demandas, la desventura de  
 la esperanza que sobrevive. Sin embargo, nos poseemos en el fondo de la ternu-  
 ra y de la sombra. Una jornada termino; tú sonrías al dolor desaparecido y tam-  
 bién al día por venir, a lo desconocido donde va a refugiarse la alegría y la  
 bellura que hoy no tuvimos. Tu sonrisa es mi alba. Mirándola, yo comprendo la  
 desesperada honrosura de vivir, la fe desvalida que se afirma a fugaces respalan-  
 dores de dicha, la disculpa y la gloria de engastarse en la fiesta de todos los  
 días, que son fríos, iguales, como túmbas.

Sobre tus alas enloquecidas te lleves mi escondido deseo, aquel que ni los ojos mortales pudieran descubrir bajo el manto de mi silencio. Se va mi escondido deseo, a través de la ciudad nocturna, sobre las montañas que se surcan hacia los cielos de la noche, sobre el mar..... Tú, desgranado viento de invierno, déjame arrebatado a los árboles y al grito de los hombres, harapos de tu alegría vibrante, y te lleves las erráticas preguntas que, en vano, alguien arrojó a los caminos, las curicias que se estrujan como aves prisioneras en los muros de aislamiento, la angustia que lleva tras las ventanas y los rostros donde pone el crepúsculo una línea de sol y de eternidad.

.... Me mirado en redor, ansioso de algo verdaderamente mío, deslumbrado por el milagro, asomado por la soledad que, cada día, crece, crece. Villanos arantes, van mis palabras sobre el viento imperceptible que mueve los espíritus. Mío, para ellos, no hay ventura de ansiedad abierta sobre el camino. ¿Dónde tardar, entonces, nuestras pobres miradas mendicantes? ¿Dónde crispar nuestros brazos extendidos en el vacío demorado?

Desde hace años, desde todo el ayer, he vivido tranquilo, ignorante de mí mismo, frente al fluir cotidiano de las apariciones. Siempre la casa antigua y maternal que todo le atrae y dilata en una burbuja dulce; los rostros que se llegan a desconocer de tanto verse, inclinados -siempre, siempre- sobre la tierra de los muertos; las voluntades castas y hacendosas, prontas al sacrificio huilde. Y en los objetos la misma opacidad: resignación incomprensible, renuncia a la estéril recuperación de la rebeldía y del sol.

Ahora, debilitado, con divino encorramiento lícido, en este pantano de monotanía y de costumbre, me incorporo hacia la luz perdida; veo la indignancia de mi costumbre, orgullosamente oculta bajo un hacimiento de palabras sin sentido, de sensuales moliciones, de actitudes que sólo son una pobre defensa. Anoto el drama de mí mismo. Y hora aper, cansado a través del tiempo y el espacio, ahogado por la culpa de comprensión.....

A la orilla del mar hecesas noche, contemplo tu fina silueta abierta,  
 tus ojos empapados en la ternura de estas horas que tu sonrisa embellece, tus  
 manos que encandilaban frente a mí la lámpara del fitino mar. Estoy solo, como  
 nunca lo estubo, empapado en mi inquietud vigilante, descortinando el enigma  
 recogido de mis pensamientos.... Era el comienzo del sendero y de la vida,  
 era el anhelo desesperado e imprudencia quebrando sus alas en altas paredes noc-  
 turnas: no obstante, tu estabas más allá del mar y de la noche, inclinada ha-  
 cia mi destino. ¿Quién puso en tus labios esa ardiente palabra de estío, Sol-  
 veig? ¿Quién levantó tu canción más arriba de los campanarios, hasta enredar-  
 la en las estrellas trances?

Desde entonces nada he hecho de mí mismo; la fuerza alegre y la auda-  
 cia aventurera se cuentan de mí, poco a poco, como el agua que se pierde en  
 la arena avana. Aquí estás, para siempre, valiendo con tu presencia irrompian-  
 ble el poder declinar del invierno; nada sé del pasado ni de la muerte cuando  
 me hablas, con tu voz tranquila, de las cosas humildes del día y de todos los  
 días. Ahora es alta noche: el viento del fiord saca la ventana y hará caer la  
 nieve de las cimas nevadas; y heces aquí, sin declinar nada, mirándome, unido  
 por un silencio hecho de esas voces eternas que nadie recoge.

Vendrá la lluvia insistente del invierno, y la nieve borrará las huellas que atraviesan el bosque, y la niebla falseará el rumbo de los pescadores: pero siempre habrá una estrella vigilante que ha de señalarnos la buena ruta de mi destino.

"Cuándo seré yo mismo en mi plenitud y en mi verdad?" -pregunté a los cuatro horizontes de la vida. Y tu me respondiste: "En mi fe, en mi esperanza, en mi amor". Y ha vuelto al amparo de tu sonrisa, en esta casa viajera, cubierta de cuidadosos y de amor.

Aquí estaba la vida verdadera, la que se conoce por la obra hecha, sencilla y pacífica del heroísmo cotidiano. Yo sentiré la presencia de tu ternura infinita valiendo mis conocimientos de combatiente y gozaré la dicha de verte en vejez, junto conmigo, al lado de esa lámpara que alumbró las primeras confidencias inolvidables.

A los días sucederán las noches y poco a poco se irá acercando aquella que no tiene despertar. Miraré tus cabellos encanecidos, tu rostro agrietado por la angustia y el tiempo.... Toda mi juventud disgregada en sueños y esfuerzos vamos llevaré en tus arrugas?. La mesa de la velada que estará entre nosotros será un infinito: sin embargo, estaremos como nunca confundidos porque ambos pagaremos en la muerte.

Vendrá la lluvia insistente, el invierno, y la nieve borrará las rutas que atraviesan el bosque, y la niebla confundirá el rumbo de los maduros pescadores; pero, siempre, para los caminantes extraviados, nuestra lámpara, en la ventana, será una estrella.

H. Segura